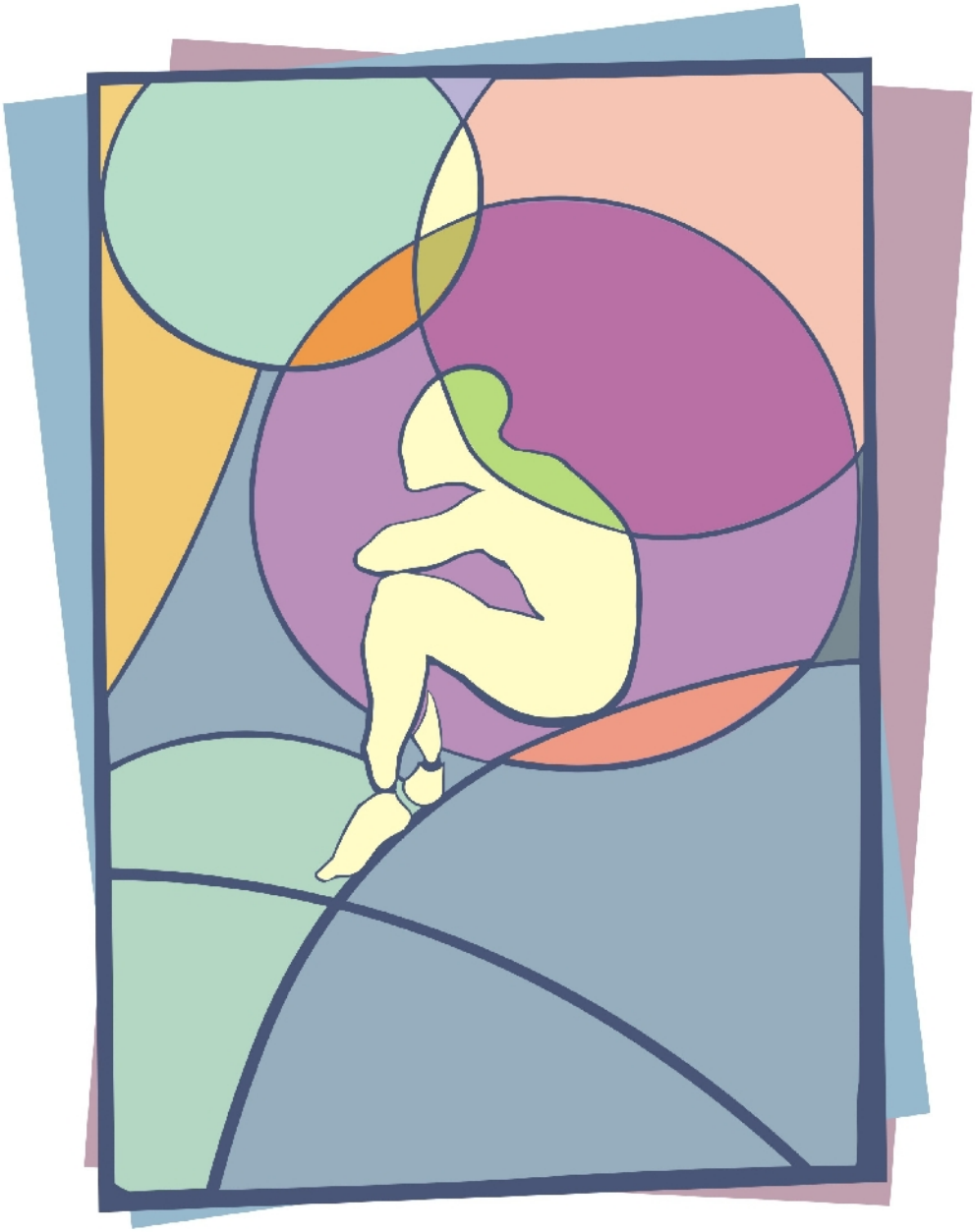

CC ONG

AYUDA AL DESARROLLO

www.ccong.es

Burkina Faso, Dic 09 – Jun 10

Mi aventura comenzó a mediados de Diciembre del 2009, cuando me subí en un avión con destino a Ouagadougou. Llevaba unos días leyendo memorias, buscando cosas por internet, pidiendo información a Rafa, revolviendo entre mapas e incluso había contactado con voluntarios anteriores para que me contaran un poco como serían mis siguientes seis meses en Burkina Faso. Intentaré acordarme de todo aquello que necesitaba cuándo me marché, sola y sin saber demasiado de nada, y enfocar mis memorias hacia allí, para que algún día le sirvan a alguien que se encuentre en mi misma situación. Ante todo, empezar diciendo que eso de marcharme sola me daba mucho respeto, pero al mismo tiempo me ilusionaba como a una cría; ahora, medio año después y de vuelta en casa, puedo asegurar que es la mejor decisión que he tomado nunca.

La llegada al aeropuerto, asusta un poco, pues el francés no es tu lengua, la mayoría de gente ya se conoce los tramites y tu pareces la única que anda perdida entre esas cuatro paredes grises. Aunque recuerdo preocuparme por ello, es obvio que siempre habrá alguien que te espere fuera, ya sea cualquier voluntario que esté allí en ese momento o incluso Lazare, el chofer del orfanato, con un cartelito en la mano en el que lleva escrito tu nombre. Y así fue, con casi 3 horas de retraso que traía mi vuelo, el rato de papeleo, más la noticia de haber perdido mi mochila y haber pasado casi 1 hora y media más para hacer la reclamación, ahí estaba Lazare, sentado en la salida. En esa primera madrugada en Ouaga, solo tuve muy claro que pasaría calor, que me picarían los mosquitos y que aprendería a sacar paciencia de debajo las piedras; me alucinó el ritmo con el que se tomaban las cosas… pero además descubrí que todos se saludaban con todos, que al blanco en mooré (la lengua de la etnia mayoritaria) le llaman Nassara y que darse la mano era algo imprescindible para la educación.

Les Lauriers, que experiencia. Es un sitio muy simple, con lo necesario y poca cosa más, aunque siempre hay alguien con quien contar. Me tocó la 22, una habitación con cama individual, mesa pequeñita y un armario suficientemente grande. También tenía ducha, un

lavabo con espejo encima y una ventana enorme que daba al jardín de delante. Los váteres estaban justo delante, en zona común, junto con las demás duchas comunes. A bajo está el comedor, donde se hacen unas comidas riquísimas pero algo caras en comparación con lo que puedes comer en la ciudad, y justo al lado una sala con televisor y algunos libros que puedes pedir prestados. Sin duda, lo mejor de Lauriers, es su gente… pasé ahí dos de mis seis meses, habiendo llegado sin conocer a nadie, y me marché con una pequeña familia. Me puse un poco enferma por culpa del polvo, ya que se me taparon los pulmones y estuve a 39 de fiebre durante tres días, pero fueron ellos quienes me subían la comida y me despertaban para tomarme los antibióticos. Son varia gente; Emmanuelle y Jean que hacen el papel de guardianes diurnos, Alassane y Philippe son los encargados de limpieza y comedor en turno de mañana y tarde, junto con Virginie y otra mujer con la que casi no coincidí. También estaban los guardianes de noche, los que vigilan en domingos o festivos y la pequeña comunidad de monjas que vive en la parte de detrás, encabezadas por la directora, que actualmente es Soeur Marina; un trozo de pan que además de hablar español, siempre te pone las cosas fáciles. Lauriers es ideal si trabajas en el orfanato, puesto que está a cinco minutos andando, pero es una zona un tanto cerrada (se encuentra en el recinto de la catedral) y debo reconocer que estar siempre ahí es un poco agobiante, con lo que yo cada día salía a comer fuera (es mucho más barato y tengo que decir que no tuve un solo problema de diarreas mientras estuve ahí), luego me paseaba o aprovechaba para hacer cosas pendientes. La otra cosa buena del albergue, es que siempre hay gente que viene y gente que se va, con lo que pude conocer a personas muy interesantes, y por supuesto, no quiero olvidarme de ese grupito de cuatro valencianas que vinieron hacia el final de mi estancia en Lauriers, con las que estuve también en el orfanato y a las que agradecí enormemente la compañía e intenté transmitirles todo aquello que me enamoraba de Ouagadougou.

La zona de la Catedral, es un poco complicada y hay que tener algo de cuidado, pues es un caos de circulación y de gente, en el que todo el mundo te habla, algunos quieren venderte sus cosas, otros quizás solo quieren conversación, pero eres blanco y nadie te recomienda que confíes en todo el mundo a la primera. Yo tan solo diré que hay de todo, como en todas partes, pero hacia al final, cuando ya estás tan acostumbrado a todo eso, te das cuenta de que es verdad que al principio cuesta detectar las intenciones de los demás y que a veces no somos prudentes. Personalmente, creo que lo mejor para conocer gente, es tirar de algún contacto de confianza que tengamos (quien quiera alguno solo tiene que pedírmelo, ¡que estamos para esto!), y a partir de ahí siempre vas conociendo a muchas más personas y de las que tienes alguna referencia. Hablo así de claro por los conflictos que sé y porque Lauriers es un punto en el que siempre hay turismo, la cual cosa atrae a los vendedores y a todos aquellos que quieren algo de los turistas, pero tengo que reconocer que a mi jamás me pasó nada con nadie, y que si eres educada y dejas las cosas claras, al final todo acaba siendo fácil.

Referente al Orfanato Home Kisito, te enamoras en segundos. El funcionamiento es bastante rutinario, pero depende de uno mismo el evitar que se convierta siempre en algo igual. Hay muchos ratos de higiene y comida, en los que te ciñes a unas normas y a una forma de hacer, pero también tienes tiempo de juego, ratitos muertos en los que no se hace nada y, de algún modo, es tu obligación aprovecharlos, aunque para algunas cuidadoras no sean importantes, porque siempre habrán otras que te responderán y se animarán a lo que les propongas. No estás ahí para cambiar nada, para juzgar comportamientos ni para imponer lo que tu creas mejor; ten claro que eres alguien con derecho a opinar, a aconsejar e incluso a decirlo, siempre de buenas maneras, cuando creas que alguna cosa no está bien… pero primero, date un tiempo. No te precipites nunca en nada, pues hay muchas cosas que se comprenden más tarde, y algunas, tal vez seamos incapaces de comprenderlas nunca, pero no por eso tienen que estar mal. Personalmente, Kisito empezó siendo un tanto duro, por el idioma, la sequedad de las primeras cuidadoras con las que estuve, y la descolocación con la que me sentía, pero acabó siendo una experiencia enorme, en la que aprendí a querer con una rapidez enorme, conocí más de cerca a alguna de las cuidadoras, intenté vivir un poco la relación entre los críos y las familias o incluso me sentí orgullosa de que hacer el payaso sirviera para robar alguna que otra sonrisa. Estuve en las tres secciones, y de los pequeños me llevo aquel sentimiento de maternidad que ni siquiera sabía que llevaba dentro, a los medianos te enganchas muy rápido, pues son los más despiertos y al mismo tiempo los más dóciles, y los mayores, sin duda alguna, los más complicados y a los que más acabas queriendo. En la sección de los grandes, no vas tan solo a cuidar o jugar, sino que también toca educar, poner fronteras o diferenciar entre lo que bueno y lo malo, así que ahí es donde más se sonríe y al mismo tiempo donde pueden aparecer los problemas. Yo llegué a Kisito habiendo escuchado comentarios sobre si se pegaba a los niños, si el trato era siempre el adecuado, si todo era por cultura o iba un poco más allá… Al respeto, solo diré que hay una diferencia muy importante; existe quien pega por castigar con un fin educativo o tradicional y quien pega por nerviosismo, falta de paciencia o por no poder afrontar la situación. Obviamente, no me parecen bien ninguna de las dos cosas, pero así como la primera me parece medianamente justificable y no me creo con derecho a criticar algo que con el tiempo y la evolución debe de ir cambiando, si me atrevo a creer ineptas

aquellas personas que, sin tener un perfil adecuado, están trabajando ahí, puesto que no trabajan con maquinas, sino con niños, y las repercusiones jamás serán las mimas.

El traslado a mi nuevo barrio y a mi nueva casa, fue muy especial. Tras mis dos primeros meses, llegó otra voluntaria llamada Laura, con la que estaría mis siguientes cuatro meses y con la que nunca habría imaginado que me acabaría llevando tan bien. Un par de días después

de su aterrizaje en Burkina, cogimos nuestras cosas y nos plantamos en el barrio de Noncin, donde nos esperaban una casita sencilla pero en buen estado y una asociación de discapacitados que se encontraba a cinco minutos a pie. Ese fue un cambio enorme, pues pasé de un albergue y un centro de ciudad caótica a tener mi propia casa y a vivir en un lugar más tranquilo, menos acostumbrado a los blancos y con mucho más polvo, pues todas las calles eran sin asfaltar. Probablemente, todos mis mejores recuerdos se hayan quedado entre esas cuatro paredes y sus alrededores, ya que mi segunda etapa en Ouaga fue la que más sentido le dio a mi viaje. La casa era muy simple, con una cocina muy peculiar hecha por el carpintero, cuatro cacharros necesarios para cocinar, un baño con la ducha y el váter que todo Nassara echa de menos en África, y un par de habitaciones con sus respectivas camas africanas, en las que no se duerme demasiado bien, pero a las que, como a casi todo, el cuerpo acaba acostumbrándose. Teníamos un patio compartido con los vecinos (una madre y sus mellizos), y esa pequeña zona de portal en la que tendíamos la ropa y solíamos pasar los ratos de más calor. Poco después de que empezáramos a vivir allí, llegó Marta, otra voluntaria de la ONG, y con ella los 50 grados de temperatura. Antes de marcharme hacia Burkina, yo me preocupaba por la comida, las condiciones de higiene o el idioma, pero una vez ahí, a principios de Marzo y hasta que empezaron las lluvias a finales de Mayo, descubrí que lo más inhumano de ese país es ese maldito calor de la época seca. Es increíble lo que éste puede llegar a afectarte física y psicológicamente, y además, con la sequedad llegan los cortes de luz diarios y creo que jamás me olvidaré de todos aquellos momentos en los que te estás ahogando y ¡de repente vuelve la corriente y el ventilador empieza a dar vueltas¡ Creo que por cosas así uno entiende que la vida es mucho más simple.

La asociación de discapacitados Bons Citoyens, es increíble. Consiste en una casa enorme, con distintas salas en las que podemos encontrar los diferentes talleres; costura, carpintería, peluquería, bordado, tejido de punto… y la sala infantil, donde por las mañanas los críos venían a pasar tres horas y por las tardes hacían la reeducación. Al principio me impactó bastante, ya que se encuentra en el barrio y ahí hay bastante pobreza, pero además es un edificio que ha tenido que repararse por completo y aun quedaban bastantes cosas por hacer, pero poco a poco ha ido cogiendo color y cada vez es más agradable. Recuerdo que también me impactaron las personas, pues hay muchos tipos de discapacidad, y tanto las que son a nivel físico como a nivel mental, al principio se te pueden hacer un poco duras. Nosotras nos encargamos principalmente del trabajo con los pequeños, con los que cada mañana hacíamos varios juegos de entretenimiento y estimulación, puesto que son un grupo de niños con parálisis cerebral y su situación está bastante desatendida. Paralelamente, iniciamos la decoración de la sala, pintando la puerta y las paredes, e intentando buscar nuevas ideas para darle un toque más infantil y hacer que así ellos se sintieran mejor. Durante todo ese tiempo también hicimos otras cosas generales, como decorar otras partes de la casa, pintar las puertas e ayudar a encontrar mejores formas de funcionamiento, puesto que la asociación consta de una junta de trabajadores y también van bien los diferentes puntos de vista. Para cosas como esta, se hacen reuniones todos los jueves por la tarde, en la que se tratan los imprevistos del día a día, lo que se ha hecho a lo largo de la semana y las nuevas propuestas. Evidentemente, no es un lugar perfecto, existen algunas que otras desavenencias entre los diferentes miembros, a algunos les falta confianza en sí mismos y es normal que algunos otros, que nunca antes han formado parte de una asociación, no tengan una capacidad enorme de autogestión o de negocios… pero ante todo, son humanos, la cual cosa convierte ese lugar en una

experiencia muy grande. Lo mejor de haber trabajado allí, sin duda, es el contacto con la gente. En sitios así es donde descubres historias reales, donde acabas siendo uno mismo con ellos y donde, sobretodo, te acercas mucho más a sus vidas. Ahí siempre hay movimiento, y nunca sientes que sobras, porque aunque algunas veces puedas llegar a quedarte sin hacer nada, tienes la sensación de estar en tu espacio, en tu sitio. Es muy curioso; eso nunca me pasó en el orfanato… en cambio, en Bons Citoyens, todo es más natural y estoy segura de que puedes llegar a dar mucho más de ti mismo.

Ouagadougou es una ciudad realmente curiosa. Yo no sabía imaginarme como debía de ser aquello, y por muchas fotos o videos que mirara, no podía hacerme una idea real. Recuerdo que en un principio me impactaron muchas cosas, como el caos de coches y motos del centro, la locura de los mercados, los niños que piden por las calles, y sobre todo ese contraste de poder ver algunas cosas lujosas o modernas mezcladas entre otras típicas de documental sobre el tercer mundo. También me impactaron las mujeres sujetando cualquier tipo de peso sobre su cabeza, los vendedores ambulante, los perros callejeros y los maltratos al pobre asno que tira del carro. También me acuerdo de esa sensación permanente de ser un poco bicho raro, pues ahí te sientes constantemente observado, ya que eres blanco y eso, aunque lleves muchos meses en Burkina, jamás conseguirás disimularlo. Referente a la ciudad en sí, ¡al fin y al cabo es como casi todas las ciudades! Al comienzo todas las calles me parecían iguales, y recuerdo pensar que ahí no encontraría nunca nada… pero sales, paseas, observas y descubres que en cada rinconcito más inesperado, se esconde algo, ya sean tiendecitas repletas de cosas, mini chiringuitos hechos de lata o incluso todos aquellos oficios básicos que han existido des de siempre, como son el mecánico, el carpintero y la peluquera. Aprendes a valorar el hecho de que la gente se mire a los ojos, a saludar a los desconocidos y a abrirte un poco al mundo, pues ahí parece que es mucho más fácil. El tema de la seguridad, es algo complejo, ya que, personalmente, me sentía muy distinta durante el día que la noche. A las horas de sol, eres una chica blanca que camina sola por la calle, y puede que se te acerquen para hablarte, que les parezca que andas perdida o que quieran venderte cualquier tipo de cosa, pero jamás me sentí insegura ni pasé miedo, pues el aire de la gente es totalmente de confianza y sabes que, si te pasara algo malo, cualquiera que fuera por tu misma calle te ayudaría. No pasa nada por subirse sola a un taxi, aunque te cueste más a la hora de regatear el precio (por supuesto, ¡te acabas volviendo una experta del regateo!), ni hay ningún problema para ir al banco o hacer

cualquiera de esas cosas que pueden llamar más la atención. Pero siempre hay que llevar una riñonera interna o disimulada, pues es muy fácil que alguien pase y te de un tirón, o que algunos otros piensen que andas cargado de dinero y quieran robártela. Yo, siempre que pude fui sin nada encima, y cuando no, llevaba una riñonera exterior, pero pegada al cuerpo y disimulada con la camiseta. De noche, las calles se vacían, la oscuridad es inmensa y encima parece que las mujeres desaparezcan del mapa, pues la mayoría de personas suelen ser hombres. Pero al fin y al cabo, solo se trata de procurar no salir sola y de tener más cuidado que durante el día, ya que no hay demasiada vigilancia nocturna y no dejas de ser un turista paseándose con un mínimo de dinero encima. Realmente, si tu aparentas seguridad en ti misma y andas siempre con tranquilidad y decisión, no pasa nada de nada, e incluso alguna vez llegas a olvidarte de que eres una personita blanca entre muchos africanos, lo cual no deja de ser algo enormemente especial.

Respecto a la maleta, es complicado explicar lo que creo necesario, pues yo me fui para seis meses y tuve que adaptarme un poco a lo que podía comprar allí. En el mes de Enero es la época más fresca (tan solo por las mañanas y por las noches), pero aún así me basté con un par de pantalones largos y un jersey en plan sudadera, porque aunque ellos digan que es invierno, ¡yo no conseguí entender cómo podían pasar tanto frío!. Para el resto de meses, me llevé la ropa más cómoda que encontré, y tengo que confesar que volví sin casi nada, porque con tanto tiempo de lavar a mano, todo se estropea muy rápido… y lo que tenía en buen estado lo dejé en la asociación. De cosmética, solo me hizo falta un champú, una crema para el pelo (ahí se te quema muy rápido y te cae muchísimo) y lo que necesites para los dientes. Es aconsejable una crema hidratante (sobre todo en la época de más sequedad), pero es mucho mejor comprar un tarro de karité, que son naturales, buenísimos y allí los venden en todos lados. De medicamentos, recomiendo llevar los justos (un par de antibióticos distintos, analgésicos, antiinflamatorios y algo para curar heridas), porque son los que después puedes dejarle a alguien y porque en todas las farmacias hay de todo, aunque algunas cosas puedan salirte algo más caras o te cueste encontrarlas. De calzado, no pueden faltar unos buenos zapatos para andar, ya sea para alguna excursión o para cuando empieza la época de lluvias, en la que las calles se convierten en barro, ni tampoco unas chanclas sencillas, ideales para el día a día, y que si se te rompen, puedes comprar otras en cualquier mercado. Parece que allí la vida esté hecha para vivir con poca cosa, y lo que te falte, casi siempre podrás encontrarlo en un lugar u otro de la ciudad.

Las enfermedades, a mi me preocupaban muchísimo. Me daba miedo eso de estar sola y de ponerme enferma, pero pronto me di cuenta de que tampoco tenemos que obsesionarnos. Es prácticamente imposible que no te pique ni un mosquito, así que no vale la pena estar pensando en lo mismo todo el día; debes ponerte repelente a menudo y en especial cuando sale y se va el sol, dormir con una buena mosquitera y, en caso de tener algún tipo de sintomatología, acudir cuanto más rápido al hospital. Yo solo fui una vez al hospital, pues tenía mucha fiebre y me asusté, pero ahí te hacen la prueba de la malaria en seguida y sabes si es positiva o negativa. Yo no tenía paludismo, sino ese problema respiratorio que he nombrado

antes, debido a las enormes cantidades de polvo que hay cuando sopla el viento harmatán. Te hacen la receta allí mismo y puedes encontrarlo en cualquier farmacia, o tirar de lo que traigas en tu botiquín. Empecé el tratamiento de prevención de la malaria un par de semanas antes de marcharme, tomando una pastilla semanal de Lariam, pero tuve que dejarlo pues me sentó mal des de un principio, así que durante mis primeros y últimos días en Burkina tomé Proderma. Es un antibiótico más suave que los demás antipalúdicos, pero recomendado a la gente que pasa tanto tiempo en un lugar de riesgo… Podía haberlo tomado los seis meses enteros, pero como durante la época más seca (de mediados de Febrero hasta mediados de Mayo) no hay ni un mosquito, solo lo tomé en la época de frío (de mediados de Diciembre a finales de Enero) y cuando empezó la de lluvias (de mediados de Mayo hasta que volví).

Y aquí acaba, en un 14 de Junio del 2010, la que fue mi aventura en Burkina Faso. Estoy segura de que no solo fue un viaje, sino una etapa de mi vida; una decisión que tomé y que probablemente me ha llevado a tomar mil decisiones más. Muchos vuelven y dicen ver el mundo con otros ojos, haber cambiado o quizás haber restablecido sus valores, pero yo no creo que nada de eso sea lo más importante. Probablemente tan solo se trata de aprender a tirar de uno mismo y de atrapar todo aquello que nos rodea en cada momento; lo bueno y lo malo existe en todas partes… y puede que solo dependa de nosotros lo que eso pueda influir, cambiar o dar sentido a nuestras vidas.

Creo que debo un especial agradecimiento a todos los voluntarios con los que, en un momento u otro, pude compartir esta experiencia; Oscar, María Dolores, Cristina, María, Esperanza, Clara, Laura, Marta, Aida, Ester, Basi… y por supuesto a toda aquella gente burkinabé que consiguió que jamás me sintiera sola, y a la que espero volver a ver muy pronto.

Anna Cruzate Gonzalez

atrapamundos@gmail.com